

LA ESPACIALIDAD Y EL PAISAJE EN LAS REPRESENTACIONES NACIONALES DURANTE EL FRENTE POPULAR CHILENO. 1938 – 1941*

SPATIALITY AND LANDSCAPE IN NATIONAL REPRESENTATIONS DURING THE
CHILEAN POPULAR FRONT. 1938 – 1941

DRA. BÁRBARA SILVA AVARIA**
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago de Chile
Email: bsilvaa@uc.cl

RESUMEN

Este artículo indaga sobre la construcción de representaciones de la nación durante el Frente Popular chileno, con énfasis en el uso de los referentes geográficos y espaciales. El Frente Popular era un proyecto político que se contraponía a la tradicional oligarquía dominante, pero junto con aquella idea de novedad que fortalecía las nociones populares de la identidad nacional, permanecieron otros elementos que apuntaban a la cohesión nacional. Entre ellos se encontraba la geografía y los paisajes del país. Con esta perspectiva, se cuestiona el carácter objetivo del territorio, se analiza el rol que puede cumplir el paisaje en los procesos de cons-

ABSTRACT

This article explores the construction of national representations during the Chilean Popular Front, focusing on the uses of geographic and spatial references. The Popular Front was a political project opposed to the traditional ruling oligarchy, but together with that idea of novelty, which strengthened the popular notions of national identity, other elements remained, that addressed to national cohesion. National geography and landscapes were among those referents. With this perspective, the paper questions the objective character of the territory, analyzes the role that

* Recibido: 27 de febrero de 2018; Aceptado: 21 de marzo de 2018.

** Artículo científico, parte de esta investigación fue desarrollada en el marco de mi tesis doctoral “Imaginario y representaciones nacionales en el Frente Popular chileno. Política, cultura y espacio en la construcción identitaria”, que se realizó bajo patrocinio de Conicyt en la Pontificia Universidad Católica.

trucción nacional, y cómo las colectividades se apropian subjetivamente y le dan contenido social a la espacialidad.

Palabras clave: Construcción nacional; identidades espaciales; paisajes nacionales; Frente Popular chileno

landscape can play in nation-building processes, and how communities subjectively appropriate and give social meaning to spatiality.

Keywords: Nation Building; Spatial Identities; National Landscapes; Chilean Popular Front

1. PRESENTACIÓN

En 1941, unos años antes que recibiera el Nobel de Literatura, Gabriela Mistral escribió un texto inspirado en la lectura de *Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux. Luego, ese texto se incluyó como prólogo en las siguientes ediciones de la obra. En un pasaje, Mistral hacía confluír la diversidad geográfica con una belleza sublime; al considerar el tamaño del país, para ella esa “variedad”:

“(…) resulta milagrosa en la reducción del planeta llamada Chile; todo está allí: calvicie geológica, selva dura, largos vergeles, nieves y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de la hermosura en lo que toca a la Venus-tierra, y es que Chile tal vez sea la cosa más plural del planeta” (17).

En sintonía con la obra que comentaba, de una “loca” geografía, la poetisa chilena describía literariamente esa sorpresiva diversidad, caracterizada por una belleza singular. En esos años, aquella pluralidad de la que hablaba Mistral tenía una suerte de correlato en la escena política chilena. Pedro Aguirre Cerda era el primer presidente radical de la nueva coalición del centro-izquierda: el Frente Popular. Esta coalición era ideológicamente diversa, en tanto allí coexistían el liberalismo social, la socialdemocracia, el socialismo populista y el comunismo. Entre los partidos y organizaciones que componían el Frente Popular destacaba el Partido Radical, el Partido Socialista y el Partido Comunista. El punto en común era generar un proyecto nacional que se distanciara de la oligarquía, y que conllevara un proceso de transformación social que hiciera efectivas las demandas de actores que asumían progresivamente su rol político e intentaban ejercer sus derechos. Para lograrlo, el Frente Popular levantó un discurso reformista, que articulaba continuidad y cambio, tanto en el ascenso de la coalición (1936-1938), como en la presidencia de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941) (Silva 2017).

La ampliación social del espacio de poder que impulsó el Frente Popular tuvo correspondencia con un cambio en las representaciones de la nación. En

ellas, el pueblo y el apelativo popular encontraron un lugar preeminente, a la vez que se combinaron con la continuidad institucional vivida e imaginada. Ya entrado el siglo XX, la complejización de la sociedad hacía que la diversidad, como característica social, comenzara a gravitar en el discurso público, en conjunción con otros factores transversales en la configuración identitaria, que apuntaban a la reafirmación de una anhelada pero inasible unidad nacional. En esa búsqueda de continuidad de las representaciones identitarias y en aquellos factores transversales es posible situar el rol del espacio y de la geografía como parte de las representaciones de la nación.

El Frente Popular se presentó a sí mismo como una novedad en la historia de Chile, y como el legítimo representante de los sectores populares. Frente a esa retórica de cambio, era necesario relevar ideas sobre la nación y la identidad que se instalaran en sintonía con la estabilidad institucional, y que, a la vez, interpelaran a la nación en su conjunto, y no solo a ese pueblo. En este sentido, la configuración nacional del Frente Popular puede comprenderse a partir de la dualidad entre la aspiración de homogeneidad y coherencia de la de nación, frente a la diversidad y heterogeneidad de la realidad social del Chile de 1940. En esa dualidad, la dimensión espacial jugó un rol que es necesario analizar. Al observar las condiciones geográficas era posible integrar la ‘pluralidad’ en el discurso público, relevar un referente identitario transversal, que difícilmente produciría resistencias, y a la vez generar una exaltación de la nación.

Este artículo dialoga con las tendencias historiográficas de construcciones nacionales e identitarias durante el Frente Popular, pero más que centrarse en los aspectos políticos de dichos procesos (Anderson 2003, Hobsbawm 2000, Smith 2001, entre otros), desplaza la atención hacia algunas dimensiones de análisis espacial de la construcción nacional, desde la perspectiva cultural de las representaciones (Chartier 1995). Para ello, se trabajó con prensa de la época, con documentos oficiales de gobierno, así como con otros documentos impresos de la época.

A través de ese trabajo de fuentes, aquí se presentan ideas en torno a la exaltación de la belleza, la valoración de la diversidad y algunos discursos de promoción del turismo nacional y extranjero. Ciertamente, sería posible analizar aún más factores de esa dimensión espacial de la nación, como por ejemplo, los aspectos económicos y extractivos, el desplazamiento de trabajadores a través del territorio, el desarrollo urbano, las reacciones ante terremotos, las expresiones artísticas inspiradas en la geografía, entre tantos otros. Sin embargo, este artículo trabaja con representaciones nacionales espaciales que eran comunes a los actores del Frente Popular y a aquellos fuera de él, como un lugar de convergencia en torno a la belleza, la diversidad y la necesidad de mostrar y conocer la geografía

nacional. El propósito es ampliar la perspectiva de interpretación histórica de la época del Frente Popular, más allá del discurso político, y evidenciar las complejidades y ambigüedades de este periodo de la historia de Chile. A través de la dimensión espacial y territorial es posible observar algunos modos en que las representaciones nacionales se entrecruzan y confluyen, más allá de ideologías, temporalidades o sectores sociales.

2. EL ESPACIO EN LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL

Las naciones y sus respectivas representaciones se construyen desde distintos ámbitos, en los que la política y la cultura han ocupado un lugar especialmente relevante. Sin embargo, como colectividades humanas, las naciones también se construyen a partir de un lugar definido, aludiendo o implicando un determinado territorio y no otro. Aquellas ‘líneas imaginarias’ de los Estados nacionales, de cierto modo, dibujan su territorio, entregan una suerte de rostro y los separan del ‘otro’. Pero el espacio en el que se desenvuelve y desarrolla la nación es mucho más que ese croquis que forma y estructura las aspiraciones de distintas soberanías estatales, delimitadas por aquellas líneas imaginarias. Ese espacio nacional tiene connotaciones simbólicas que surgen tanto de ese boceto que se dibuja sobre el planeta, como del propio contenido geográfico de ese territorio.

La relevancia que las sociedades les han atribuido a sus propios espacios nacionales de pertenencia y soberanía, se puede comprobar en el hecho de que el traspaso y desacuerdo en torno a aquellas ‘líneas imaginarias’ ha sido muchas veces motivo de guerra entre Estados nacionales. Por lo tanto, el territorio parece un aspecto no sólo relevante en la construcción de naciones, sino que además parece despertar reacciones propias de nacionalismos fanáticos, desatados e irracionales.

Sin embargo, al establecer una perspectiva territorial de la construcción nacional, la propuesta, en ningún caso, es de nacionalismo historiográfico. En la medida en que se multiplican los puntos de vista sobre la nación y, en la medida en que se historiza su construcción, más que nutrir esos nacionalismos fanáticos, estos se problematizan. Si la formación de la nación se comprende como un proceso histórico, ella ya no puede cerrarse sobre sí misma. Por el contrario, si la nación se analiza desde su construcción y no desde una esencia inamovible en el tiempo, ella misma se abre al diálogo con la historia misma como proceso social. En este sentido, el territorio ha sido quizás el elemento con mayor tendencia *chauvinista*, el aspecto que ha provocado, incluso hasta la actualidad, el surgimiento de los nacionalismos que apelan a esa suerte de esencia cuasi sagrada de la nación. Entonces, es necesario analizar históricamente la construcción nacio-

nal desde aquella perspectiva territorial, para intentar desestructurar esa relación monolítica entre territorio nacional y defensa irrenunciable de la nación. Parte de esa desarticulación supone comprender el espacio nacional desde su polisemia, más allá del deseo de propiedad.

Hace ya varias décadas, fue el propio Eric Hobsbawm el que estableció el territorio como uno de los criterios o factores en la definición de una nación (18). Para abordar ese espacio, el Estado que ejerce su soberanía y potestad dentro de determinados límites territoriales, que deben haber sido establecidos, además, en la comunidad internacional. Por su parte, Anthony Smith definió la nación como “una comunidad humana con nombre propio que ocupa un territorio propio” (13), y que tiene una historia compartida y una cultura pública común, entre otros.

Por cierto, el análisis territorial de la nación no implica supuestos deterministas, sino más bien, considerar el espacio como un factor clave en la relación bidireccional entre las sociedades y sus entornos (Warren 1). El sentido es recuperar aquellos planteamientos que entendían a los seres humanos como un “factor geográfico”, no solo en tanto incidían en su medioambiente, sino también porque le entregan significado (Silveira 14).

Las representaciones de carácter territorial de Chile tenían ya una larga duración, en un país en el que las representaciones raciales o épicas de su identidad se habían ido articulando de distintas maneras. Ya desde tiempos coloniales, cronistas como Alonso de Ercilla (1852) o Alonso de Góngora y Marmolejo (1862) destacaban e idealizaban la geografía de esta zona del imperio español e inauguraban la identidad geográfica del Reino de Chile. Esta imagen territorial de la identidad chilena se afianzó a lo largo del siglo XIX, en correspondencia con construcción estatal en un espacio nacional en expansión. La chilenización de sus habitantes, que se extendería al siglo XX, fue acompañada de la nacionalización de su entorno geográfico (González 2008). El territorio también fue recorrido, conocido y registrado por los viajes de los naturalistas, como Charles Darwin (Schell 2013), Claudio Gay (Sagredo 2009), entre otros, o incluso en el siglo XVIII por Alejandro Malaspina (Sagredo y González 2004). La acción de estos y otros viajeros naturalistas ciertamente tuvo un impacto en cómo la sociedad y el Estado chileno daba valor y asumía las características del territorio nacional. Asimismo, las maneras en que era posible imaginar y representar el territorio nacional se volvían diversas y significativas, y se multiplicaban en el tránsito hacia el siglo XX (Peliowski y Valdés 2014).

Durante el Frente Popular, la construcción de las representaciones identitarias vinculadas al territorio se sumaban a esa tradición descrita y, al mismo tiempo, dialogaban con representaciones construidas en el ámbito político, económico, social, etcétera. Entre aquellas que denotaban la novedad que el Frente

Popular buscaba evidenciar, destacaban la concepción de una nación mesocrática y ciudadana, así como popular, pero que al mismo tiempo continuaba siendo ordenada y excepcional (Silva 2015).

Al centrarse en la dimensión espacial, y al considerar la extensión temporal de esas representaciones territoriales, queda de manifiesto la ironía del “lugar común” de asociar tiempo y espacio. En palabras de Simon Schama, “es claro que la herencia de mitos y memorias del paisaje comparten dos características comunes: su sorprendente resistencia a través de los siglos y el poder para formar instituciones con las que aún convivimos” (25). Por cierto, la permanencia en el tiempo se asocia también a los movimientos de continuidad y cambio. La comprensión del medio geográfico como el vínculo entre una comunidad de seres humanos y un entorno tiene transformaciones, en la medida en que los significados que esas comunidades le dan a su ‘lugar en el mundo’ varía, y va mucho más allá de ‘algo que hay alrededor’. Aunque etimológicamente el ‘en-torno’ remita a aquello que existe alrededor de un punto de interés determinado -en este caso, una nación-, es más que un escenario o una suerte de circunvalación casual.

De hecho, el territorio puede comprenderse desde varias perspectivas, entre ellas, como soporte material en el cual se levanta la nación soberana, una fuente de recursos naturales y, por lo tanto, de subsistencia. En este sentido, los planes y anhelos de reforma agraria ocupan un lugar relevante (Mc Bride 1973). Pero además, se trata de una geografía, y un conjunto de paisajes que componen una visualidad con la cual la nación se identifica y desde las cuales se generan diversos elementos que integran sus representaciones. El punto es que las sociedades se hacen cargo de su espacialidad a través de la elaboración de discursos nacionales sobre el entorno geográfico, y así se apropian subjetivamente de los espacios sobre los cuales se ejerce -o se pretende ejercer- esa soberanía. En este sentido, corrientes literarias que se anclan, entre otros factores, la visualidad del espacio también estaban presentes en la época, como por ejemplo, el criollismo (Barr-Melej 2001, 2010).

Ciertamente, las posibles perspectivas para comprender el territorio en una dimensión nacional no se agotan con estos ejemplos, y cada uno de ellos podría ser analizado en particular para comprender su rol en la construcción nacional. Sin embargo, aquí se han escogido otros de carácter más general, que permitan observar las posibilidades interpretativas de la dimensión espacial. Ya sea en el campo económico, artístico, de relaciones internacionales, entre otros, el espacio tiene una incidencia en las representaciones de la nación, y algunas de ellas se configuran como transversales, y permanecen en el tiempo. En este sentido, el gobierno del Frente Popular hizo suyos discursos sobre la geografía y el paisaje que transitaban hacia esa configuración de representaciones nacionales.

Según los planteamientos de la historia medioambiental, era necesario dejar de observar al entorno como un telón de fondo y comprenderlo como un tipo de documento histórico (Castro 118). Con esto, la intención era relevar las relaciones que una sociedad establece con el lugar en el cual se desenvuelve. Ese espacio no es un simple escenario, intercambiable de un sitio a otro sin producir modificación alguna en la comunidad humana que allí habita. El enfoque original de la historia medioambiental, planteado por Roderick Nash en la década de 1970, buscaba indagar en las posibilidades interpretativas que entregaba el medioambiente:

“El ambiente, en otras palabras, era un documento histórico. Visto de la manera correcta, revelaba la cultura de una sociedad y tradiciones tanto como lo podía hacer una novela, un periódico o una oración del Cuatro de Julio. El ambiente, después de todo, es sintético, hecho por el hombre. Especialmente desde la llegada de la tecnología el hombre ha dado forma al rostro de la tierra. Al hacerlo, se revela a sí mismo” (363).

De esta forma, en tanto existe una relación inevitable entre comunidades humanas y su ambiente, este último da cuenta y de algún modo registra dicha relación, y además, lo hace de manera sostenida en el tiempo. El territorio se asocia a un vínculo que remite a un tiempo ancestral, actualizado y resignificado por las sociedades que, en una coyuntura determinada, se hacen cargo de él. En términos políticos, se trata de instituciones, de un gobierno que se sustenta en el pueblo, lógicamente, a través del principio de soberanía popular. Ese pueblo, en tanto nación, se comprende entonces como comunidad de ciudadanos, que se desarrolla a través de su historia. Ese pueblo ‘en el tiempo’, en el proceso de dar forma y comprender su propia historicidad, antes incluso de ejercer esa ciudadanía, se sitúa como habitantes de un territorio, condición que, en principio, se aleja de exclusiones y disgregaciones *a priori*. La condición de habitante no supone ningún requisito más que ‘estar’ en un territorio determinado. El Frente Popular buscó ampliar los significados y las acciones que involucraban a los ciudadanos, integrando además aquel componente popular (Silva y Henríquez 2017). Si esta coalición se comprendía a sí misma como la legítima representante del pueblo, lo que cohesionaba a las instituciones, las expresiones de identidad, y su ‘lugar en el mundo’, era precisamente aquel pueblo.

3. EXALTAR LA EXCEPCIONAL BELLEZA DE LOS PAISAJES CHILENOS

En el ámbito geográfico, la visualidad del entorno, nombrado con frecuencia como paisajes, quizás es la dimensión que evidencia de manera más clara la conexión entre la concreta realidad del territorio y la esfera de las representaciones. No se trata de cómo es el paisaje propiamente tal, sino cómo éste es observado, descrito, evocado, y cómo estas acciones inciden en el rol que el paisaje cumple en la construcción de cierta identidad territorial. En este sentido, en el concepto de paisaje parece necesario revisar la pertinencia de separar su condición territorial y visual, en tanto es su percepción y socialización la que construye la referencia simbólica que éste sustenta (Silvestri 40).

Desde el comienzo, se presenta una paradoja: por definición, el paisaje es único -tal como la condición humana- es decir, no es reproducible o susceptible de ser replicado de manera idéntica. Sin embargo, aunque remita a una particularidad específica de un solo espacio, adquiere un carácter genérico, en tanto se desplaza hacia la esfera de la representación. De este modo, al resaltar características de los paisajes de una nación mediante discursos y representaciones, estos se vuelven nacionales y con ello, posibilitan su acción identitaria. Según Anthony Smith, “el territorio patrio constituye un territorio histórico, la tierra ancestral (...) Luego está el paisaje propiamente dicho. ¿Qué nacionalismo no exalta la especial belleza de ‘nuestros’ campos, ríos, montañas, de los lagos con los que nos han bendecido las divinidades?” (49).

Al tomar el paisaje como representación de identidad, en el fondo, se trata de comprender el territorio desde su visualidad. La imagen que se proyecta desde el espacio que habita esa comunidad imaginada, se extiende más allá de su propia localización, para desplazarse al universo en el que se construye el imaginario de la nación. Una representación de la nación en clave territorial también utiliza mecanismos de otras esferas identitarias, de manera de sostenerse como una “única” nación, y reafirmar esa identidad, incluso en términos de un ‘modo de ser’. Precisamente, en la época del Frente Popular, Benjamín Subercaseaux planteaba esa idea: “la verdad es que la ecuación psicológica del chileno comporta dos incógnitas: nuestro indio propio y nuestra situación geográfica; los demás factores son comunes a los demás pueblos de América” (58). De este modo, la particularidad de Chile se encontraría en la confluencia de los habitantes originarios y de su posicionamiento en el mundo.

Esa “ecuación”, tal como la mencionaba Subercaseaux, tenía como resultado una belleza que remitía a una impresión prístina, como si no hubiese acción humana sobre ella, y por lo tanto fuera aparentemente apolítica. Por supuesto, aquella belleza era especialmente destacada a la hora de promocionar lugares de

Chile como destinos turísticos, caracterizados por “un paisaje imponente y de extraordinaria belleza” (El torneo internacional de ski 17). De hecho, la revista de Ferrocarriles del Estado, *En Viaje*¹, cumplió un rol fundamental no solo en la promoción del turismo, sino también en configurar una plataforma en la cual se expresaban aquellos discursos nacionales en una dimensión espacial.

Los elementos que componían esos discursos son fácilmente reconocibles: exaltación de la belleza, comparación con un ‘otro’, frecuentemente un anhelo de superioridad y referencias a imaginarios conocidos, dentro de los cuales se mencionaba al paraíso o edén. Si se trataba de elaborar una representación nacional en torno a la Cordillera, la comparación con Argentina era casi inevitable, incluso en publicaciones oficiales del gobierno, como el impreso de la Dirección de Informaciones y Extensión Cultural, *Informaciones de Chile*: “Testigos de todas las latitudes concuerdan en que Chile parece haber sido escogido para convertirlo en el paraíso turístico y deportivo, al ser dotado por la naturaleza de la mitad más bella e interesante de la cordillera” (12).

Las comparaciones y los supuestos testimonios de “testigos” cumplían un rol importante, en especial en un momento en que las imágenes aún no tenían la potencia, la capacidad de precisión, ni de circulación que tendría en décadas posteriores. En este sentido, hacer referencia a Europa era ciertamente necesario, ya que había sido el modelo estético y cultural de Latinoamérica por largo tiempo, y por lo tanto se comprendía como una continuidad en los referentes identitarios del país. En este caso, se presentaban distintos lugares del mundo, en relación con las imágenes de Chile.

“Regiones y países de Europa han sido famosos por sus ventisqueros y fiordos, y hacia ellos convergían viajeros de todo el mundo. Chile permanecía desconocido en tal sentido; y, sin embargo tiene tantos ventisqueros como Groenlandia y el Polo Sur, más fiordos que la misma Noruega, y aun más hermosos, porque se encuentran salpicados de pequeñas islas, que les dan un tono agreste a estos lugares. Todo esto al alcance inmediato del turista, con las comodidades que la época exige y a muy escasa distancia de importantes poblaciones” (Informaciones de Chile 41).

1 La revista *En Viaje* pasó de ser la publicación de “entretención” de Ferrocarriles del Estado, a una de las revistas de promoción del turismo de mayor relevancia en el país, entre 1933 -el año de su creación- y 1935. Para los años del Frente Popular, esta revista ya gozaba de prestigio extendido. La revista se publicó entre noviembre de 1933 y julio de 1973.

De algún modo se iba instalando la idea de lo exótico y cómo sorprendentemente en Chile era posible encontrar esas bellezas naturales de otras latitudes, para reforzar aquella excepcionalidad chilena, en la que históricamente se había insistido tantas veces en términos de institucionalidad, de estabilidad política, o de gobernabilidad. A través del paisaje, esa idea de excepción se desplazaba al plano geográfico. Esa cualidad era espacialmente transversal, ya que así como se acentuaban las características particulares -y desconocidas- del sur, también se hacía lo propio con la zona del desierto.

El insistir en la belleza y exaltarla era relevante en términos de construcción identitaria, pues era una idea que no produciría rechazos. Esa representación de la nación construida a partir del paisaje difícilmente sería conflictiva, por el contrario, podría ser una representación transversal a las diversas versiones y proyectos de nación presentes en un determinado proceso histórico, y aún más allá de él. Esa transversalidad, no conflictiva, era capaz de moverse en distintos espectros políticos, culturales, religiosos, entre otros, y además, no se volvía obsoleta o se agotaba de acuerdo a distintas coyunturas, nacionales o bien internacionales.

Una de las ideas que nutría esta exaltación de la belleza era el concepto de diversidad. Una de las características identitarias de la nación en términos territoriales, del paisaje y de la geografía, era su incuestionable y abrumadora diversidad geográfica. Aquello se instaló como un valor, como un aspecto positivo.

“Desde luego, la región cordillerana es de un atractivo insospechado y de una belleza única; en seguida los campos plácidos invitan a recorrerlos y a contemplar de cerca su hermosura descollante; por último, las playas, que no solo son accesibles en el verano, conservan permanentemente el encanto de la vida a orillas del mar, vida salúfera para el espíritu y el cuerpo” (Viajes y excursiones 1).

Es interesante notar que esa diversidad, que sustentaba o comprobaba aquella belleza sublime, no se mostraba como caótica, sino que solía presentarse organizada en un sistema de tríadas. En un eje vertical se trataba del norte (desierto), centro (campos), sur (lagos o fiordos), y en un eje horizontal se establecía el trío cordillera, valles y playas. Estas dos triangulaciones cruzaban la mayoría de las descripciones de paisajes, de manera que la diversidad se volvía ordenada.

“Recostado junto a la imponente cordillera de los Andes, bañándose en las aguas verdes del Pacífico, Chile ofrece al viajero la más grande variedad de paisajes de original belleza. En efecto, en contraste

con el romanticismo de los lagos del Sur y frente a la majestad de la Cordillera, se encuentran los desiertos del Norte y los extraños cerros rocosos de la costa. En cuanto a climas, el turista encuentra todos aquellos que es posible concebir, desde el tropical, en los valles de Arica y Azapa, hasta el glacial en la región Sur, incluyendo su maravilloso clima templado en la zona central, donde se confunden el verano y el invierno” (Informaciones de Chile 41).

Al dar cuenta de la confluencia de distintos paisajes, bajo el imaginario que fueran casi únicos en el mundo, la exaltación de la belleza de los paisajes de Chile señalaba su excepcionalidad. Ahora, por cierto que ello no era condición exclusiva de Chile, ya que las representaciones geográficas de las naciones solían –y suelen– usar los mismos recursos para intentar fortalecer sus propios atractivos. Pero sí es relevante el modo en que ello se realiza. En el caso de Chile, tal como decía Mistral en 1941, la excepcionalidad descrita, se sostenía, además, en un tema de proporción. Si bien se reconocía que la diversidad geográfica era parte de muchos países del mundo, ella ‘nunca’ se presentaba en territorio tan estrecho como el chileno. Lo anterior permitía que esa diversidad se asociara a la excepcionalidad de las distancias del país:

“El viajero puede de esta manera experimentar, en el más breve tiempo, las más diversas sensaciones; desde el cálido clima tropical de los valles del Norte, hasta el glacial de los territorios del Sur; así como también contemplar los áridos y extraños paisajes que forma la cordillera de la costa, los exuberantes panoramas de la zona central y los maravillosos lagos del Sur, que se prestan para una admirable navegación, sobre el dibujo de los volcanes reflejado en las quietas aguas” (Informaciones de Chile 6).

La diversidad geográfica, entonces, daba un valor positivo al hecho de ser un país pequeño. Esa imagen, de una geografía múltiple, junto con la particularidad del territorio en que ésta se presentaba, es la que se destacaba insistentemente, y que terminó consolidándose como una de las señas de identidad territorial de la nación: la larga y angosta faja de tierra. Más allá de su verosimilitud, interesa cómo se planteaba ese imaginario de ser ‘única’.

“Chile: larga y angosta faja de tierra que empieza en el paralelo 18 Sur y termina en el Polo Antártico. Los puntos extremos del país se encuentran distanciados por 8.000 kilómetros. Todas las posibilida-

des climatéricas se encuentran reunidas dentro de este extraordinario país, lleno de montañas, selvas, lagos archipiélagos, ventisqueros y fiordos. Ninguna otra nación tiene tal variedad de paisajes y ningún otro país se extiende desde la zona tropical hasta el Polo” (Informaciones de Chile 30).

De esta manera, Chile se presentaba a través de su diversidad geográfica como un país único y, a la vez, como síntesis de la existencia geográfica a nivel mundial, en este ejemplo, expresado a través del clima. Pero la idea central era la misma: a través de esa diversidad se reafirmaba la excepcionalidad de la nación, en combinación con la ya tradicional figura de la ‘larga y angosta faja de tierra’. Sin duda, esa figura era muchísimo más antigua que el Frente Popular, pero éste también la integraba dentro de sus representaciones espaciales de la nación.

4. EL VALOR DE LA DIVERSIDAD GEOGRÁFICA EN LA UNIDAD NACIONAL

Al vincular explícitamente la idea de la diversidad con la excepcionalidad chilena ese señala una búsqueda por explorar una condición única del país a partir de una suerte de caleidoscopio geográfico, como si características de estos paisajes sólo se presentaran en Chile. Lógicamente, si se analizaran las condiciones geográficas de todas las naciones del mundo, esta idea es inverosímil. Pero el punto relevante es que ello se planteara, que hubiera una búsqueda por señalar. Entonces, tal como se observa en la cita anterior, la fórmula de “ningún otro país” se usaba con insistencia: “Ningún país del mundo puede ofrecer, como Chile, la singular particularidad de reunir en su caprichosa geografía el Trópico y el Polo, extremos opuestos, no solamente en cuanto a climas, sino a regiones, a ambientes y a costumbres” (Informaciones de Chile 6).

Esa ‘caprichosa’ geografía había sido nombrada por Benjamín Subercaseaux como ‘loca’. Publicada originalmente en 1940, la obra impactó a la sociedad chilena, con más de veinte ediciones. De hecho, el autor usó la dimensión espacial para elaborar una interpretación del país y de su historia, organizada geográficamente (Subercaseaux, Chile o una loca 1949).

Una de las perspectivas presente en la época en torno a esa ‘loca’ diversidad, era el desplazamiento desde la geografía y la variedad de paisajes, hacia la posibilidad de asumir la diversidad humana del país, anunciando la presencia de distintas ‘costumbres’. En esa época, la diversidad como característica social no era un valor universalmente aceptado como lo es en la actualidad. Por esto, el que en los años del Frente Popular se abriera ese reconocimiento no era trivial, o

algo obvio, sino que daba cuenta del sentido de las representaciones identitarias asociadas a este gobierno.

A partir de su paisaje, Chile comenzaba a comprenderse como una síntesis de diversidad, que tomaba coherencia por ciertos elementos de unidad, más allá de la legalidad o legitimidad concreta que suponía la presencia del Estado en ese territorio nacional. Uno de esos aspectos de unidad era, aun con las diferencias y particularidades de las distintas zonas del país, la comunidad de un cierto carácter chileno, descrito a partir de su hospitalidad.

“Y como consecuencia directa de esta variedad de climas, todo es diferente en cada una de las regiones: la edificación se adapta al medio, la vegetación presenta diferencias radicales y las mismas costumbres son distintas, prevaleciendo siempre el espíritu acogedor y cordial de los habitantes, reconocido como tal por todos aquellos que visitan el país y que se alejan con pena” (Informaciones de Chile 6).

De esta manera, la dimensión espacial se vinculaba con aspectos sociales, con un ‘modo de ser’, que también era particular a la nación, pero que se construía como consecuencia, pero también a pesar de la diversidad geográfica. Paradójicamente, esa coherencia, o sentido de unidad, no se daba únicamente por caracteres sociales, sino también por los propios factores geográficos, que entregaban una linealidad a esta convergencia de espacios diversos. El uso de distintos elementos para graficar esa unidad, efectivamente, era variado. Por ejemplo, la revista *En Viaje*, promocionaba las visitas a distintas zonas de Chile, y: “explorar las bellezas naturales que la graciosa naturaleza -a modo de cinta cinematográfica- nos extendió a la orilla del mar, desde Arica a Magallanes” (Preliminares de Veraneo 9). En este caso, el elemento usado para entregar una suerte de unidad, era propio de la emergente cultura de masas, sin ir más lejos, la cinta cinematográfica, que además hacía referencia explícita a esa silueta angosta y alargada del país. Por cierto, otros elementos para graficar esa unidad también eran formas propias de la geografía, tan evidentes que eran imposibles de omitir, como la Cordillera de los Andes.

“Toda esta diversidad de formas y colores que presentan los rojizos cerros del Norte, hasta las blancas y azulosas montañas del Sur, inclusive el verde paisaje del valle central, que maravillara a los conquistadores, están amarrados por la larga e imponente cadena que es la Cordillera de los Andes, que enlaza los dos extremos del largo y angosto territorio” (Informaciones de Chile 6).

Así, la diversidad que caracterizaba a esta ‘larga y angosta’ tierra era casi custodiada por la unidad que entregaba la Cordillera de los Andes, ella ‘amarraba’ las diferencias del país. En medio del proyecto del Frente Popular, la unidad de esta diversidad geográfica de algún modo se garantizaba socialmente por el pueblo, y geográficamente por la Cordillera, aun cuando el territorio nacional se desglosara en las triadas mencionadas anteriormente: “Bien dividido en tres partes geográficas, enlaza estas, y estrechamente, con el espíritu de su pueblo en la parte psicológica, y con la espina dorsal de los Andes en el aspecto físico” (Parker 57). En palabras de Subercaseaux, “Chile, contrariamente a otros países, posee una geografía que supera al sentimiento nacional del pueblo que lo habita” (Chile o una loca 28)

La Cordillera no sólo entregaba unidad y cohesionaba la diversidad del territorio que era considerado chileno, sino que también asumía el rol de un puente entre una nación y otra. Así, no solo buscaba la unidad nacional, sino también la unidad del sur de Sudamérica. Es decir, la Cordillera se entendía ya no como referencia de identidad de ‘uno’ por sobre ‘otro’, sino como espacio de conexión, incluso, entre tiempos históricos distintos.

“¡Este movimiento de fervor, de gratitud y de fe es hacia la patria, porque se conserve la paz, la libertad y el orden; para apreciar cuan limpio es su cielo, puro el aire, tranquilo su mar; y que su cordillera es la ancha puerta de nieves eternas que comunica a dos pueblos hermanos, simbolizados en San Martín y O’Higgins; uno el genio de la gloria, el otro el corazón de la patria” (C. De Sáez 12).

A través de una de las características geográficas quizás más potentes en términos de la construcción nacional en clave territorial –Los Andes–, se conectaba a Chile y a Argentina, y ello se concretaba mediante las figuras históricas que habían dado inicio a sus procesos de independencia nacional. Se vinculaba la adhesión emocional de la referencia a la patria, con ciertas características del paisaje, y en ello se resaltaban aspectos deseables de la nación. Es preciso notar que la adjetivación no era casual: limpieza, pureza y tranquilidad, que se sintetizaban en la eternidad de la formación geológica de la Cordillera. Esas adjetivaciones se insistían, además, en aquella hospitalidad chilena, la que:

“Ha llegado a ser tan proverbial entre todos los extranjeros que nos visitan que por ellos ya es reconocida y apreciada hasta en los países más remotos. Y es que ella surge espontáneamente acogedora del tibi-
bio ambiente de esta tierra, de su límpido cielo azul, de su luminoso

sol, de sus bellezas incomparables que al contemplarlas sobrecogidos de admiración, esos extranjeros se sienten atraídos y acariciados por la naturaleza misma” (Feliú 27).

De este modo, la comparación ahora también se usaba para denotar, no solo aquella hospitalidad, sino también otras referencias identitarias, como aquella estabilidad y seguridad que proyectaba. Una cualidad del país se observó en el carácter del pueblo chileno, como un todo homogéneo y, a su vez, atractivo: “México puede ser el país más dramático, la Argentina el más poderoso, Brasil el más deslumbrante, el Uruguay el más progresista, pero Chile es el más agradable en todos los sentidos” (Gunther 71).

Había algo en la moderación, en la discreción social que se articulaba con la imponente belleza diversa del país. La geografía, a través de la visualidad del paisaje, transitaba hacia connotaciones sociales, y se entroncaba con la representación territorial de la nación. Aun cuando la naturaleza prístina pareciera guardar en sí misma las condiciones ‘originales’ de ese paisaje, luego alterado por los seres humanos, era esa alteración la que otorgaba una pertenencia identitaria. La relación entre las sociedades y sus entornos, en este sentido de apropiación ha sido planteado por Schama, quien sostiene que “después de todo, la tierra salvaje no se localiza a sí misma, no se nombra a sí misma” (7).

Las características de diversidad y de excepcionalidad del territorio nacional debían ser conocidas, y debían extenderse de manera de, efectivamente, llegar a configurarse como referentes identitarios. De ahí que era necesario conocer el territorio -así como darlo a conocer- y para ello el turismo era fundamental. El desplazamiento de personas, tanto nacionales como extranjeros, aun cuando había comenzado años antes (Vidal 2017), presentaba una creciente relevancia, lo que, a su vez, se explicaba por las condiciones materiales y posibilidades técnicas del transporte. Al respecto, es interesante resaltar el rol de Ferrocarriles del Estado de Chile, que materializaba esa conectividad concreta, de personas y mercancías, de líneas férreas y circulación. Al mismo tiempo, FFE también generaba una conexión simbólica que proporcionaba el conocimiento del paisaje nacional que produciría la revista *En Viaje*.

5. CONOCER, MOSTRAR Y VISITAR LA NACIÓN

Si el conocimiento del propio territorio se consideraba un paso necesario para poder potenciar esa dimensión espacial de la nación, no sólo en términos de representaciones, sino también de productividad, era preciso difundir ese conocimiento. En relación con el turismo, el propósito era extender y consolidar los

esfuerzos que se habían hecho previamente en este ámbito. En otras palabras, el Frente Popular no había creado el turismo nacional, pero se insertó en esta actividad con la intención del Estado de articular un paisaje turístico (Booth 18-19). Un ejemplo de ello se evidenciaba al sostener que:

“Durante el año último los Servicios de Información y Propaganda del Ministerio de Relaciones Exteriores continuaron en su labor de proporcionar informaciones y noticias sobre Chile a los representantes diplomáticos y consulares del país, por medio del envío de informativos, diarios, revistas y toda clase de publicaciones de índole comercial, económica y cultural” (Aguirre 53).

La intención explícita era darse a conocer, acción que se llevó a cabo con los servicios diplomáticos, pero también más allá de las instancias oficiales. Para ello, resultaba lógico publicar relatos de observadores extranjeros que describían el país (Butland 1951, Lavín 1949).

Nuevamente, la utilización de metáforas para describir discursivamente el atractivo geográfico de Chile era diversa. Por supuesto, el uso del paraíso era usual: podía asociarse a distintos espacios, sería comprensible por prácticamente cualquier sociedad, y denotaba la exaltación que se buscaba graficar. Por ejemplo, la opinión de un observador español era elocuente: “yo creo que el paraíso del mundo está, realmente, en tierra chilena” (Calvo 124).

Aquellos usos de imágenes ya construidas, como el paraíso, se complementaban con las comparaciones con Europa, con escenarios ya reconocidos y prestigiosos a nivel mundial. A los ejemplos ya mencionados, se sumaba Suiza, que era ya una referencia recurrente: “Al sur del valle central y más allá del río Biobío se extiende la famosa región de los lagos, la Suiza de Sudamérica” (Parker 131). Esa imagen de una Europa fría se combinaba con cierto exotismo que se ejemplificaba con la zona austral de Chile: “Noruega, Suecia o Suiza, no (...) La visión de estos canales es un escalofrío de belleza que se aproxima al pavor” (Ried 11). La referencia a Suiza no era nueva, y se había utilizado ya para la promoción turística, mencionándola incluso como la “Suiza chilena” (Booth 19), pero es interesante que ese Frente Popular que se definía precisamente como *popular*, también hiciera suya la referencia europea.

Quizás el mecanismo era utilizar paisajes y escenarios geográficos de renombre mundial para poder hacer familiar una imagen de Chile, aún lejano y desconocido para el turismo internacional. Generar un paralelo entre paisajes del país y de otras latitudes era un recurso válido: “en el Norte, árido y yermo, está la desolación desértica de Marruecos. En el Centro, esmaltado de verde, caudaloso

de perfumes y pámpanos, la belleza pródica de Portugal. Al Sur, entre la seda de los lagos araucanos, la nieve de los volcanes y el encanto de sus aldeas, la maravilla de Suiza” (Fillooy 76).

Por cierto, aquel rol del ‘otro’ extranjero sobrepasaba su uso exclusivo como referente o comparación. Ese ‘otro’ era un potencial turista, un sujeto que podía dinamizar una incipiente industria turística en Chile, y que era preciso atraer. Era una oportunidad de mostrarse², y de mostrar el entorno, acción que denotaba una suerte de reafirmación nacional. Aquello era parte de la orientación del Frente Popular, pero también de la oposición, que de hecho lamentaba que el gobierno no promocionara más las posibilidades turísticas del país. Además, la derecha conservadora de la época observaba el estallido de la Segunda Guerra Mundial como una oportunidad para el país. A su juicio, los turistas que solían ir a Europa, buscarían nuevos destinos. A propósito del cuarto centenario de Santiago, el *Diario Ilustrado* planteaba esta idea: “Esas corrientes de viajeros buscarán sitios hacia donde desplazarse y observarán con interés la proximidad de una conmemoración que dará la doble oportunidad de asistir al desarrollo de sus fiestas y de visitar el país y sus enormes reservas de bellezas panorámicas” (Recursos para el 4° Centenario).

Si bien la motivación de mostrar esas “bellezas panorámicas” hacia el extranjero no era una novedad –al recordar, por ejemplo, las celebraciones del Centenario o las experiencias de exposiciones internacionales–, hacia 1940, ese “darse a conocer” se vinculaba con el turismo, con el concepto de hacerse atractivo hacia otros. Si bien el potencial turístico podía construirse desde vestigios históricos, en el caso de Chile, ello se realizaba en base a su territorio y geografía, y las diversas formas de su espacialidad (Schaffer 2001; Hiernaux-Nicolas 177).

Aunque se había dado cierta relevancia a la promoción del turismo, por lo menos, desde la década de 1920, fue en los años del Frente Popular que ésta se resignificó, en sintonía con la construcción identitaria que este gobierno llevaba a cabo, y en combinación con otras iniciativas al respecto. En este sentido, no sólo se trataba de ser conscientes del territorio nacional, sino de la acción política y comunicacional al respecto, ya que, de otro modo, esas bellezas, esas condiciones de los territorios que se habían hecho conscientes, se volverían invisibles:

“No basta con que tengamos parajes maravillosos en los que la naturaleza con una prodigalidad única ha acumulado bellezas extraor-

2 En este sentido, uno de los ideales de la oligarquía del centenario, en torno al mostrarse, y a cómo no bastaba con *ser* moderno, sino con *parecer*, seguía veinte décadas después (Edwards Bello 79).

dinarias, no basta con que tengamos un Pucón y un Casino en Viña del Mar, sin parangón en toda América, es necesario, y más que necesario indispensable, estimular la curiosidad de nuestros posibles clientes por visitarlos” (Una oportunidad única para el turismo chileno 9).

La fórmula era bastante clara: era necesario difundir esas bellezas geográficas del país, y era preciso hacerlo en sintonía con la promoción de la industria turística, que tenía un potencial económico relevante. Y en esos términos, el concepto de oportunidad adquiriría importancia en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial y lo que ella podía implicar para el país.

“Chile ha hecho sobresalientes esfuerzos para atraer hacia sus balnearios y centros de veraneo el mayor número de turistas habiendo conseguido, en corto tiempo, dar a esta industria un desarrollo importante. Sin embargo, y esto es indiscutible, aun queda mucho por hacer (...) es el momento oportuno para iniciar una cruzada inteligente a favor de nuestro turismo. La ocasión es única y perderla sería renunciar a una posibilidad económica de grandes proyecciones para el futuro” (Una oportunidad única para el turismo chileno 9).

Si en otros aspectos económicos se abogaba por la conjunción de esfuerzos de distintos actores, en el turismo se apuntaba a la responsabilidad del Estado: “Esta tarea no admite dilación y corresponde al Departamento de Turismo tomar la iniciativa, antes que las otras repúblicas del Continente lo hagan, dando un rudo golpe a nuestra industria turística” (Una oportunidad única para el turismo chileno 9). Con esto, quedaba de manifiesto la intención de usar la oportunidad que se había presentado a raíz de una guerra de gran envergadura, y que el responsable de hacerlo era el Estado.

No queda claro por qué se asumió que los viajeros, ante la imposibilidad o el riesgo de visitar Europa, podrían decidirse por Chile, pero dicha postura fue frecuente tanto en el gobierno como en la oposición. Incrementar el prestigio del país en el extranjero era un objetivo común, y los beneficios de un eventual crecimiento de la industria turística eran evidentes. Además, para el Frente Popular aquello sintonizaba con la ampliación del rol del Estado en materia económica, tarea que intentaba cumplir mediante el proyecto CORFO (Corporación de Fomento de la Producción), finalmente establecido en 1939. Aunque este último se había acelerado debido al terremoto de Chillán, era parte de una serie de acciones

que buscaban hacer converger un progreso económico con el desarrollo social de la nación (Silva 2015)

En relación con el turismo, la interpelación era directamente al Estado, como el agente que se debía hacer cargo de esta área; se insistía en sus proyecciones económicas, en especial durante un gobierno que enfatizaba, precisamente, el fortalecimiento de un nacionalismo económico. Respecto al turismo, se sostuvo que: “Para ello nos favorece la naturaleza; ella es magnánima en ese sentido, Hagamos nosotros lo poco que nos corresponde, y así habremos hecho un bien inmenso a una industria que, por lo mismo que es nueva, tiene posibilidades insospechadas para nuestra economía” (Una oportunidad única para el turismo chileno 9).

Aquellas posibilidades económicas se asociaban con la acción del Estado, concretamente porque era el responsable de la conectividad de la nación, a través de la acción de Ferrocarriles del Estado, ya fuera a través de sus trenes, o de su recientemente inaugurado servicio marítimo. La región del sur era aquella a la que se destinaba mayor cantidad de vapores, y era su similitud con los paisajes europeos la que se destacaba en su promoción turística.

“Por su parte la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, cuyo servicio juega un rol importante en todo lo que a turismo se refiere, ofrece como siempre el máximo de facilidades al público para que visite la maravillosa región sureña, conceptuada por muchos como superior, por sus atractivos naturales, a Suiza, cuyo prestigio ha alcanzado fama mundial” (El llamado del sur 9).

La necesidad de fortalecer esa acción comunicativa y de publicidad del turismo se establecía en relación el extranjero: “Procedería intensificar la propaganda de Chile en el extranjero, dando a conocer las bellezas de nuestra tierra, la bondad de nuestro clima y las cualidades curativas de las fuentes termales que, como es sabido, disfrutan del privilegio de ser, algunas de ellas de fama mundial” (Una oportunidad única para el turismo chileno 9). Esa promoción también se dirigía hacia el conocimiento nacional.

El conocimiento del territorio hacia el interior del país era funcional a otros propósitos de regeneración popular que proponía el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Durante el Frente Popular se creó la Defensa de la Raza y el Aprovechamiento de las Horas Libres, una institución que tenía por objetivo la regeneración social e higiénica del pueblo (Silva 233 y ss). Uno de sus programas consistía en realizar viajes a la costa o a la cordillera, lo que permitió un mayor conocimiento de la nación por parte de sectores populares que, de otro modo, no habrían podido

visitar (Recio 128). Se trataba, claramente, de una apropiación territorial, a través de los paisajes característicos de Chile.

En el fondo, esta representación territorial de la nación se puede comprender como la construcción de su propia corporalidad: su territorio. En este sentido, la Defensa de la Raza se involucraba en el cuerpo de los ciudadanos y, a través de él, se articulaba con el cuerpo de la nación. La institución pretendía intervenir en los cuerpos de las personas, para que ellas se integraran a la nación, y lo hacía precisamente a través de su corporalidad: mediante el estrechamiento del vínculo con el territorio, con el paisaje como símbolo de identidad nacional que, al no ser conflictiva, tenía el potencial de ser realmente nacional.

“Era un espectáculo maravilloso el que podíamos presenciar al anochecer de muchos domingos al ver cómo llegaban a la Plaza Baquedano camiones cargados de obreros y jóvenes empleados que regresaban de Farellones o del Volcán, unos con sus modestos esquiés, otros sin ellos, pero todos felices de haber pasado un día en la cordillera casi sin desembolso alguno. No habían estado en las cantinas, no habían trasnochado el sábado y domingo en los prostíbulos; en cambio, habían llenado sus pulmones de oxígeno reparador” (Poblete 17).

Esta política pública de ‘regeneración’ se pretendía llevar a cabo proporcionando actividades saludables para los sectores populares en sus tiempos de ocio. Es decir, entre los supuestos del higienismo, se incorporaba también el ocio como parte de aquella regeneración liderada por el Estado. Esa necesidad de reparar a través de la naturaleza era un modo de fortalecer la necesidad de bienestar, como parte integral del mundo moderno, y lo interesante es que ello era tanto a nivel individual como colectivo.

“Los beneficios de todo orden que se derivan de la vida al aire libre, así para el individuo como para la colectividad, están demostrados fehacientemente por la ciencia y la experiencia para que insistamos sobre ellos. Baste decir que no se concibe la vida moderna, en el grado de adelanto en que se halla, sin el aire puro, el sol y la luz. Los higienistas más renombrados han establecido una doctrina sobre la necesidad orgánica y espiritual de la vida a pleno campo” (Viajes y excursiones 1).

En síntesis, se observa una multiplicidad de posibilidades que otorgaba el paisaje y la geografía en una dirección de construcción nacional, tanto de sus representaciones como de sus aspiraciones de regeneración social. Por cierto, los usos simbólicos del territorio implican aun más consideraciones, tomando en cuenta la vinculación emocional que se hace del territorio, de larga data, que asocia el concepto de “patria” y tierra natal a la identidad territorial.

6. PALABRAS FINALES

A través de estas páginas se han presentado distintos modos en que algunos aspectos territoriales de la nación se integran a sus representaciones identitarias, en especial, aquellos que construyen un imaginario espacial. La exaltación de la belleza de sus paisajes, la excepcionalidad sustentada en la diversidad geográfica, el desplazamiento desde factores espaciales hacia otros de carácter social, el potencial del turismo, y hasta la regeneración popular fueron elementos que se sumaron a las representaciones nacionales del Frente Popular chileno.

Las dimensiones espaciales de la nación tienen una particularidad en la construcción identitaria, y es que son fácilmente identificables por todos. Además, esa característica hace que no se trate de una representación conflictiva de la nación –al menos hacia su interior–, ni tampoco tensiona ideales políticos, sino que transita hacia el espacio de la transversalidad de las identidades. Aun así, es preciso recordar que los significados que se le atribuyen al espacio nacional también son históricamente construidos, y que no son dados ni se establecen por generación espontánea.

Además, las representaciones espaciales de la identidad son importantes en términos culturales, ya que parecen constituir fuentes de inspiración y, al mismo tiempo, de ciertos sentidos de pertenencia. A lo largo del siglo XX, esas representaciones espaciales presentes en las expresiones de identidad serán cada vez más considerados como ‘verdaderamente’ nacionales, de carácter incuestionable. En el imaginario, la espacialidad rural y, más precisamente, del valle central de Chile, remitía al espacio tradicional, al entorno de la hacienda como una suerte de núcleo de la ‘chilenidad’. En la reivindicación espacial, el Frente Popular tendió a anclarse sobre imaginarios de continuidad, o de exaltación tradicional. Es necesario reparar en que el Frente Popular, con una cultura política que se hacía cargo de la voz de las reformas y transformaciones populares, al mismo tiempo, validaba imágenes espaciales de carácter tradicional y de permanencia.

La interpelación del pueblo y la ciudadanía en el sentido de integración y ampliación que proponía el Frente Popular presentaba un mecanismo paradójico. La ciudadanía se naturalizaba como pueblo y, en este sentido, la idea de pueblo

remitía a una comunidad de pertenencia que tiende hacia un carácter natural, cercana a la nación “etno-simbólica” (Smith 57). En paralelo, la idea de la comunidad de ciudadanos refiere a una sociedad de individuos que, libremente, se vinculan en una institucionalidad política común. Esa suerte de sinonimia entre pueblo y ciudadanía que intentó el Frente Popular tiene sentido porque esa institucionalidad política de individuos libremente asociados se constituye como comunidad política: la nación cívica. En este proceso, la ciudadanía se naturaliza como pueblo y, con ello, ambos conceptos se confunden o se oponen, según las coyunturas históricas y combinaciones ideológicas.

Según el Frente Popular, ese pueblo, como conjunto de habitantes de un territorio, además, debía ser regenerado. En esto, el pueblo era a la vez el ‘alma’ de la nación, y su ‘cuerpo’. Ese cuerpo debía ser intervenido con las políticas de tipo higienista, en sintonía con representaciones territoriales de la nación, como el conocer otros paisajes, o promover el bienestar a través del turismo. De esta manera, el territorio puede considerarse como una estrategia para observar cómo se desplazan y se entrelazan las distintas dimensiones que confluyen en la configuración de representaciones nacionales. El territorio es soberanía estatal, es fuente de recursos naturales, pero también, es paisaje e imágenes de la nación. En este sentido, era una representación que potencialmente podía ser transversal a amplias posturas políticas y culturales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, Pedro. *Mensaje de S. E. El Presidente de la República, en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional. 21 de mayo de 1941*. Santiago de Chile: Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, 1941. Impreso.
- Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 2003. Impreso.
- Barr-Melej, Patrick. *Reforming Chile: Cultural politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001. Impreso.
- Barr-Melej, Patrick, “Imaginando el campo: nacionalismo cultural, política y la búsqueda de la chilenidad, 1891 - 1941”. *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX*, eds. Gabriel Cid y Alejandro San Francisco. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2010, pp. 93 - 131. Impreso.
- Booth, Rodrigo, “El paisaje aquí tiene un encanto fresco y poético’. Las bellezas del sur de Chile y la construcción de la nación turística”. *Revista de Historia Iberoamericana*, Nº 3, Vol. 1, 2010, pp. 10 - 32. Impreso.

- Butland, Gilbert. *Chile, an outline of its geography, economics and politics*. Londres: Royal Institute of International affairs, 1951. Impreso.
- C. de Sáez, Águeda. “El cumplimiento de un voto”. *Diario Ilustrado*, 16 de sept. 1940, p. 12. Impreso.
- Calvo, Joaquín. “Bajo los cielos de Chile”. *Vida Automóvil*. Madrid, 1940. *Chile visto por los extranjeros*, comp. Carlos Lavín. Santiago de Chile: Zigzag, 1949, pp. 124 - 125. Impreso.
- Castro, Hortensia. “La cuestión ambiental en geografía histórica e historia ambiental: tradición, renovación y diálogos”. *Norte Grande*, N° 54, 2013, pp. 109 - 128. Impreso.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación: Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1995. Impreso.
- De Ercilla, Alonso. *La Araucana. Dirigido a la del rey don Felipe II*. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1852. Impreso.
- De Góngora y Marmolejo, Alonso. “Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575”. *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional*, Tomo II. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1862, pp. 1-315. Impreso.
- “El torneo internacional de ski”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 70, ago. de 1939, p. 17. Impreso.
- “El llamado del sur”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 74, dic. de 1939, p. 9. Impreso.
- Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas del Centenario*. Santiago de Chile: Zigzag, 1968. Impreso.
- Feliú Gana, Jorge. “Crónicas chilenas”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 70, ago. de 1939, pp. 25 - 18. Impreso.
- Filloy, Juan. “Film documental”. *Chile visto por los extranjeros*, comp. Carlos Lavín. Santiago de Chile: Zigzag, 1949, p. 76. Impreso.
- González, Sergio. *La llave y el candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2008. Impreso.
- Gunther, John. “Inside Latin-América”. *Chile visto por los extranjeros*, comp. Carlos Lavín. Santiago de Chile: Zigzag, 1949, pp. 70 - 71. Impreso.
- Hiernaux-Nicolas, Daniel. “El giro cultural y las nuevas interpretaciones del turismo”. *Espaço e Tempo*, N° 23, 2008, pp. 177-187. Impreso.
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 2000. Impreso.
- Informaciones de Chile. Órgano oficial de la Dirección General de Informaciones y Extensión Cultural*. Santiago de Chile: Imprenta Zigzag, 1941. Impreso.

- Mc Bride, Jorge. *Chile. Su tierra y su gente*. Santiago de Chile: Instituto de Capacitación y Reforma Agraria, 1973 [1935]. Impreso.
- Mistral, Gabriela. “Prólogo”. Benjamín Subercaseaux. *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile: Ercilla, 1949, pp. 13 - 23. Impreso.
- Nash, Roderick. “American Environmental History: a new teaching frontier”. *Pacific Historical Review*, N° 41, Vol. 3, 1972, pp. 362 - 372. Impreso.
- Parker, Earl. “Chile, Land of Progress”. *Chile visto por los extranjeros*, comp. Carlos Lavín. Santiago de Chile: Zigzag, 1949, pp. 54 - 57; 131 - 132. Impreso.
- Peliowski, Amarí y Catalina Valdés. *Una geografía imaginada. Diez ensayos sobre arte y naturaleza*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados - Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2014. Impreso.
- Poblete, Darío. “La revolución de un jurista”, *Revista Hoy*, nov. de 1942. Impreso
- “Preliminares de Veraneo y Aprovechamiento de los Pasajes Rebajados a Llo-Lleo y Cartagena”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 73, nov. de 1939, p. 9. Impreso.
- Recio, Ximena. *El discurso pedagógico de Pedro Aguirre Cerda*. Viña del Mar: Universidad Católica de Valparaíso, 1998. Impreso.
- “Recursos para el 4° centenario”. *Diario Ilustrado*, 23 de may. de 1940. Impreso.
- Ried, Alberto. “Un paraíso desconocido”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 73, nov. de 1939, pp. 10-11. Impreso.
- Sagredo, Rafael y José Ignacio González. *La Expedición Malaspina en la frontera Austral del Imperio Español*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004. Impreso.
- Sagredo, Rafael. “Geografía y nación. Claudio Gay y la primera representación cartográfica de Chile”. *Estudios Geográficos*, Vol. 70, N° 266, 2009, pp. 231 - 267. Impreso.
- Schaffer, Marguerite. *See America First. Tourism and National Identity, 1880-1940*. Washington D. C.: Smithsonian Institution Press, 2001. Impreso.
- Schama, Simon. *Landscape and memory*. New York: Vintage Books / Random House, 1996. Impreso.
- Schell, Patience. *The Sociable Sciences. Darwin and his Contemporaries in Chile*. New York: Palgrave MacMillan, 2013. Impreso.
- Silva, Bárbara. “La construcción nacional durante el Frente Popular chileno: entre novedad y continuidad histórica”. *Tiempo Histórico*, Año 8, N° 14, 2017, pp. 59 - 77. Impreso.
- Silva, Bárbara y Rodrigo Henríquez. “El pueblo del Frente. Representaciones sobre la ciudadanía en Chile: 1930-1950”. *ERLACS*, N° 103, 2017, pp. 91 - 108. Impreso.

- Silva, Bárbara. *Imaginarios y representaciones nacionales en el Frente Popular chileno. Política, cultura y espacio en la construcción identitaria*. Tesis. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, 2015. Impreso.
- Silveira, María Laura. “Tiempo y espacio en geografía: dilemas y reflexiones”. *Revista Norte Grande*, N° 54, 2013, pp. 9 - 30. Impreso.
- Silvestri, Gabriela. *El color del río. Historia cultural del paisaje del riachuelo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2004. Impreso.
- Smith, Anthony. *Nationalism. Theory, Ideology, History*. Cambridge: Cambridge Polity Press, 2001. Impreso.
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile: Ercilla. 1949.
- Subercaseaux, Benjamín. “Apuntes para una psicología del Chileno”. *Contribución a la realidad: (sexo, raza, literatura)*. Santiago de Chile: Letras, 1939, pp. 51 - 76. Impreso.
- “Una oportunidad única para el turismo chileno”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 72, oct. de 1939, p. 9. Impreso.
- “Viajes y excursiones”. *En Viaje. Revista mensual de los FF.CC. del Estado de Chile*, N° 69, jul. de 1939, p. 1. Impreso.
- Vidal, Patricia. *Chile país de turismo. El rol del Estado y representaciones sobre Chile en el fomento de una industria moderna, 1929-1959*. Tesis. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, 2017. Impreso.
- Warren, Louis, ed. *American Environmental History*. Malden: Blackwell, 2003. Impreso.